

ADRIÁN LÓPEZ BRUGUERA



EL CRISTO DE LAS BATALLAS

Ó LA BATALLA DE TORO

ROMANCE HISTÓRICO


Precio: 25 céntimos


VALLADOLID
IMP., LIB. Y ENC. DE J. MONTERO
ACERA, NÚMS. 4 Y 6

1910

G-F 6463

A mi querido pueblo natal la Muy Noble,
Muy Leal y Muy Antigua Ciudad de Toro y,
en representación suya, á su Ilustre Ayunta-
miento dedico este romance, el importe de cuya
venta será íntegro empleado en fines benéficos en
dicha Ciudad.

El Autor.

Al culto escritor y distinguido periodista
D. Ricardo Allue'

Adrian Lopez Borruera

I

Es ya muerto Enrique Cuarto,
 Que Dios en su gloria tenga,
 Ya que bien la mereció
 Porque el pobre, aquí en la tierra,
 Pasó en su trágica vida
 Un purgatorio de penas.
 Contra él conspiró la plebe
 Y conspiró la nobleza,
 Destronándole en efigie
 Y, casi, casi, de veras.
 Hasta en su mismo palacio
 Y por los suyos, se intenta,
 Su hermano, quitarle el trono,
 Su favorito, la reina
 De la cual, sus coetáneos,
 Pues siempre hubo malas lenguas,
 Murmuraban que, si tuvo,
 O no tuvo, complacencias
 Con un apuesto galán,
 Del Rey favorito y de ella,
 Pero de ella mucho más,
 Con Don Beltran de la Cueva;
 Aquel Beltran, cuyo nombre
 Heredó cierta princesa,
 A quien la historia conoce
 Por Juana la Beltraneja.

N.T. 106011
CB. 1129158



De León y de Castilla,
Vacante está la diadema,
Y en dos bandos dividida
De entrambos reinos la tierra,
Mientras unos sostenían
Que se nombrase heredera
A Doña Juana, como hija
De Enrique Cuarto y la reina,
Otros, no menos, había
Que opinaban con firmeza
Que, teniendo Doña Juana
Tan dudosa procedencia,
Pues Enrique el Impotente
Por algo su mote lleva,
A su hermana, era lo justo
Que se aclamara por reina.
Siempre en choque los dos bandos,
Nadie en el reino se acuerda
De combatir á los moros,
Y en San Pedro de Cardaña,
Yacen los huesos del Cid,
Como olvidada leyenda,
Y está su tumba, de polvo
Y telarañas cubierta.
Con las luchas intestinas,
Las campiñas están yermas,
Y por doquier reina sólo
Desolación y miseria.
Repartido en los dos bandos,
El pueblo, clero y nobleza,
De Fernando y de Isabel
Son los más y de más fuerza.
Lo más florido del clero
Por ellos también pelea,
Y en las cortes de Medina,



La plata de las iglesias;
Como préstamo sagrado,
Para los gastos de guerra,
Vota en favor de Isabel,
Que su real palabra empeña
De volver en plazo breve
Tan sacratísima ofrenda.
Mas, no todo es bienandanzas
Para la augusta pareja,
Que los Ulloas en Toro,
Gente de rancia nobleza,
En Cáceres y en Toledo
Los Zúñigas y Villenas,
Y otros nobles poderosos
En poblaciones diversas,
De su rival Doña Juana
Apréstanse á la defensa.
Don Alonso de Carrillo
Alza la misma bandera,
Y es enemigo temible,
Porque su doble influencia
De Arzobispo de Toledo,
Que le da tanta en la iglesia,
Y la que, en cosas profanas,
Le dan sus muchas riquezas,
Le hace ser muy poderoso
En el cielo y en la tierra.
Y allá, de Alcalá de Henares
En su altiva fortaleza,
Siempre que habla de Isabel,
Dice con mucha soberbia,
Recordando aquellos tiempos
En que ha sido tutor de ella:
«Yo, que de hilar la saqué,
La haré volver á la rueca,

Y si viene á visitarme,
Observaré por donde entra
Y, en seguida que lo haga,
Saldré yo por otra puerta.»
Arde el reino así en discordias,
En disensiones internas,
No habiendo pueblo tranquilo
Desde el centro á las fronteras,
Y está en las de Portugal
Encendida ya la guerra.
Pues su Rey, Alfonso Quinto,
Apoya á la Beltraneja
Y para unir dos coronas
Se ha desposado con ella.
¿Como no? Doña Isabel
Cuya mano pretendiera
Rechazóle desdeñosa
Con varonil entereza.
Ya está el Rey de Portugal
Con su ejército en Plasencia,
Y hacia Toro y á Zamora
Camina en son de pelea.
Mucho en su gente confía,
Que es nata y flor portuguesa,
Y renovar los laureles
De Aljúbarrota desea.
Mucho, dentro de Castilla,
De sus amigos espera
Pues son gentes poderosas
Los Zúñigas y Villenas,
Pero no meños confía
En el apoyo de fuera,
Que Luis Onceno de Francia
Le dió su palabra regia
De ayudarle por el norte,

Haciendo á Castilla guerra.
Y así, lleno de ilusiones
De románticas empresas,
Hacia Toro y á Zamora
Camina en son de pelea.
Propónele Don Fernando,
Queriendo evitar la guerra
Y que de pueblos hermanos
La noble sangre se vierta,
Tan pródigo de la suya
Como avaro de la agena,
Entre los reyes rivales
El derimir la contienda,
Y en combate personal
A un juicio de Dios le reta.
Mas con retóricas frases,
Muy prudentes, muy discretas,
Negativas en el fondo,
Conformes en apariencia,
Alfonso de Portugal
Al juicio de Dios se niega.
Por eso pueblos hermanos
Reñirán en lucha fiera,
Derramando sangre propia,
Sin mirar que la agarena
Aún profana el común suelo
De la Península Ibérica.



II

Cerca ya de anochecer,
El sol en su ocaso brilla,
Como una esfera de fuego,
Envuelta en ténue neblina,
Cuyos ligeros cendales,
Con sus destellos irisa.
El paisaje es de los clásicos
De los llanos de Castilla,
Con sus amplios horizontes
De severa poesía:
Agua poca, tierra mucha,
Atmósfera clara y limpia,
Secos árboles y escasos,
Muchas mieses, muchas viñas,
Y, de aldeas grises, pardas,
Las confusas lejanías.
Por una senda extraviada
Un caballero camina,
Ginete en potro alazán,
Y debe tener gran prisa
Pues las agudas espuelas
Frecuentemente utiliza.
Subió trotando una loma,
Remontando hasta su cima
Desde la cual, orientado
Del Duero por las orillas,

A meterse en un barranco,
En el que Toro está encima
Y el río lame su base,
Resuelto al corcel obliga,
Detiénese el caballero,
La negra sombra escudriña,
Pues ya, de la noche el manto
Cubre llanos y colinas,
Y hablando consigo mismo,
Justo, dijo, es tu subida,
Puerto de la Magdalena,
Que ella me sirva de guía.
Santiguóse y apeándose,
Del caballo ató la brida
A unos álamos cercanos,
Para ocultarlo á la vista,
Y en dirección hacia Toro
Encaminóse en seguida.
Con paso firme y seguro
Subiendo va las colinas,
Por Don Pedro de Fonseca
Palmo á palmo conocidas.
Que en Toro nació Don Pedro,
Pasó allí toda su vida,
De allí procede su estirpe,
Hidalga, rica, y antigua,
Allí radica su hacienda,
Reside allí su familia,
Aunque aquella confiscada
Y ésta encuéntrase proscripta.
Y allí está su corazón,
Pues allí está Doña Elvira,
Hija de Pedro Monroy,
Hija de Antona García,
Gente buena, gente honrada,

Más de linage, que dista
Del de Fonseca bastante
Y sus amores complica.
No importa, dice Don Pedro
Cuando en tal valla medita,
Porque, belleza y virtud
Son bien altas jerarquías.
Y en esto, razón le sobra,
Pues que le sobran á Elvira
La hermosura y la virtud
Esbeltez y gallardía.
Morena, de ojos rasgados
Y negros como la endrina,
De color de ébano el pelo,
Mezcla de mujer y niña,
Por la opulencia de formas
Y la inocencia que brilla,
De sus bellísimos ojos
En las radiantes pupilas,
Es la amada de Fonseca,
Prenda de mucha valía.
A verla todas las noches
Acude en amante cita,
Y antes de rayar el alba
Vuelve al punto de partida,
Pues manda un destacamento
De tropas isabelinas,
Que está entre Toro y Zamora,
Y de entrambos equidista.
Ya, del áspero barranco
Ha coronado la cima,
Y llegando hasta unas tapias,
Que se hallan desguarneckidas,
Sobre ellas lanzó una escala,
Y colocándose encima

Metióse dentro de Toro
Con la mayor osadía.
Y mirando, si en la sombra,
Alguien hay que le vigila,
Lanzóse rápidamente
Por una calle sombría.
Pronto dejóla detras,
Siguió por la Judería,
Y, varias otras cruzando,
Con precaución infinita,
La de la Reja Dorada
Resuelto por fin enfla,
Encaminándose recto
En dirección de una esquina,
Donde una reja dorada
Cerca de ella se divisa.
(Quizá el nombre de esa calle
De tal reja se deriva.)
Allí mismo, en esa calle,
Y en aquella reja misma,
Está el fin de sus anhelos,
Pues allí está Doña Elvira.
Diríjese hacia la reja
En actitud defensiva,
La mano puesta en la espada
Porque ha visto que en la esquina
Un embozado, tras ella,
Ocultándose le espía.
Rápido vase hacia él
Y éste, con la espada asida,
Con enérgico ademán
¡Atrás! airado le grita.
Eso de atrás, imposible,
Pedro Fonseca replica,
Vos sereis, Don..... importuno,

Quien dejará franca vía.
¡Jamás! dice el embozado,
¡Paso atrás! Fonseca intima,
¡Paso atrás! sea quien sea.
¿Aunque sea Diego Mansilla?
Eso, contesta Don Pedro,
Ya es otra cosa distinta,
A Mansilla el paso cede,
Y si es preciso la vida,
Su amigo Pedro Fonseca.
Vive Dios, dice Mansilla,
Que avanzando hacia Don Pedro
Con un abrazo le brinda,
Jamás hubiera creído
Que, aún con vuestra valentía,
Tuvierais la de venir
Hasta la misma guarida
De los Marialvas y Ulloas,
Que os descabezan si os pillan.
Grande el amor debe ser
Que á tales riesgos incita
Aunque, hablando con franqueza,
Bien los vale Doña Elvira.
Y pues yo adoro á su hermana
Y aquella reja es la mía,
En ella con Laura yo,
En la otra vos con Elvira,
Mutuamente las espaldas
Nos guardamos de esta guisa.
Y á poco, dulce coloquio
En la reja respectiva,
De la noche en el silencio;
Más que se oye, se adivina.
Pero breve resultó
Pues confusa gritería

Sonó de pronto á lo lejos,
Y por las calles vecinas
Vióse gentes que en tropel
Y presurosas corrían.
Salió Don Diego á indagar
Tan extraña anomalía
Volviendo pronto alarmado
Y trayendo esta noticia:
El Rey Don Alfonso Quinto
De Zamora se retira
Y, su cerco levantando,
Viene á Toro con gran prisa.
De Don Fernando las gentes
La retaguardia le pican,
Y en la Vega toresana
Un combate se avecina.
Vuestra persona Don Pedro,
Entre gentes enemigas
Y que os persiguen de muerte,
Con tales hechos peligra.
¿Que hacer? preguntó Fonseca.
Y así contestó Mansilla:
Del recinto amurallado
Debeis salir enseguida.
Sin duda, dijo Don Pedro,
Mas tomadas las salidas
Y las guardias redobladas,
La cosa es poco sencilla.
Y replicando Don Diego
Dijo, gratitud obliga,
Y yo juro, aunque perezca,
Poneros pronto en franquía,
Que en la batalla de Olmedo
Vos me salvaisteis la vida.
Pues en paz, dijo Fonseca,

Porque ahora salvais la mía.
No tal, contestó Don Diego,
Pues, obrando con justicia,
Pagarse el rédito debe
Al que el favor anticipa.
De las tropas portuguesas,
Mi persona es conocida,
Y, ni jefes, ni soldados,
Nadie de mi desconfía.
Conmigo salvo saldreis.
Con que, en marcha, y muy de prisa,
Que la noche veloz corre,
Y es la luz nuestra enemiga.
Y diciendo un breve adiós
A Doña Laura y á Elvira,
Que todo el diálogo oyeron,
De pena y dolor transidas,
Se metieron por las calles,
Buscando las más sombrías,
Y, fuera de las murallas
Y del Duero en las orillas,
Salvo á Pedro de Fonseca
Dejó su amigo Mansilla,
Que, sospechas precaviendo,
Volvióse á Toro en seguida.
En esto murió la noche,
Empezó á nacer el día,
Y con él la situación
Resultó mucho más crítica.
Pues patrullas portuguesas
Que los contornos vigilan,
Por ambas márgenes cruzan,
Río abajo río arriba.
No le vieron por milagro.
Y viendo que allí peligra,

En dirección de Zamora,
A un cerro marchó, que dista
Como dos leguas de Toro,
Y gran extensión domina.
Eran las tres de la tarde.
Y al mirar desde la cima,
Del camino de Zamora,
La brumosa lejanía,
Vió que allá en Peleagonzalo
Y San Miguel, extendidas
Por las márgenes del Duero
Y por su Vega y colinas,
Vienen tropas portuguesas,
Muy de cerca perseguidas
Por falanges numerosas
De las gentes de Castilla.
Pasar á unirse con estas
Con afan desearía,
Mas cruzar el río impiden
Del invierno las crecidas.
¿Que hacer? murmuró Don Pedro,
Ya la batalla principia
Y yo aquí lejos y oculto,
Cual sintiendo cobardía.
¡Oh Cristo de las batallas!
Dijo puesto de rodillas,
¡Sálvame de esta verguenza!
¡Librame de esta agonía!
Mas, sin duda por el Cristo
No fue la súplica oída,
Porque el combate prosigue
Y no remedia la cuita.
Ve Fonseca, hasta detalles,
Desde su punto de mira,
Y llegan á sus oídos

Los rumores de la liza.
Y ve al Cardenal Mendoza
Que, con patriótica ira,
¡Aquí el Cardenal traidores!
¡Aquí está! con fuerza grita.
Y á combate personal
Con fiereza desafia.
Y no lejos de Mendoza,
Del enemigo en las filas,
Vé á Carrillo el Arzobispo,
Con férreo casco por mitra,
Y por silla arzobispal
La del corcel en que lidia,
Y con tal brio lidiando
que ¡ay de aquel que no le esquivo!
Que hoy, en vez de bendiciones,
Da lanzazos y acuchilla.
Y así en bélica función
Encontráronse enemigas,
Frente á frente combatiendo
Por extraña anomalía,
De la iglesia Castellana
Las más altas jerarquías.
De igual modo, los dos reyes,
Aún con riesgo de la vida,
Dan ejemplos de valor,
Con intrépida porfía.
Y con esto es la batalla
Tan dudosa, tan reñida,
Que entre el uno y otro bando,
La victoria está indecisa.
Próximo el día á morir
La duda ya se disipa
Con el triunfo indubitable
De la gente de Castilla,

En el número, inferior,
Superior en valentía.
Huye Alfonso á Castronuño,
Su hijo Don Juan se retira,
Y en una loma cercana
Rehacer logra sus filas,
Impidiendo que sus gentes
Sean del todo destruidas.
Pues las tropas portuguesas,
Ya en derrota decisiva,
De inmenso pánico llenas,
Unos al río se tiran
Otros huyendo hacia Toro
En sus muros se cobijan.
Y aprovechando Fonseca
Una ocasión tan propicia
En que nadie piensa más
Que en salvar la propia vida,
Entre la masa de gente
Que entra y sale, choca y grita,
Ganó del puente la entrada,
Y con ella la salida,
Llegando á su campamento
Tras de penosas fatigas.
Cayó rendido en su tienda,
Y cuando, al rayar el día,
Salió de ella, temeroso
De castigos y rechiflas,
Se encontró con la sorpresa,
Cuya causa no se explica,
De que todos le agasajan
Y le alaban á porfía,
Ponderando, en la batalla,
Su intrepidez y pericia.
Y que el mismo Don Fernando,

Estos plácemes confirma
Pues, á la vez que coloca
En la bandera rojiza,
Sobre la Enseña Bermeja,
Que de Zamora es divisa,
La Banda de la Esmeralda,
Bien ganada y merecida
Por la hueste zamorana,
Por su valor en la liza,
De otro grado superior
A él le pone las insignias.
Mas tan insólitos hechos
Le parecen sólo insidias
Y los plácemes le suenan
A pérfidas ironías.
Desconfiado y huraño,
De reojo á todos mira,
Y de amigos y parientes
Receloso el trato esquivo.
Pues cuanto más pertinaz
En tales cosas medita,
Sin dar nunca con la clave
De tan incógnito enigma,
Más las tiene por diabólicas
O mágicas brujerías.



III

Dominando fértil vega
De frutales alfombrada,
Donde la mies y la viña
Su ópimo fruto entrelazan,
Donde el Duero caudaloso,
Como serpiente de plata,
A la sedienta llanura
Da el tesoro de sus aguas,
La noble Ciudad de Toro
En un cerro se levanta.
Toro, la Ciudad insigne,
La de las leyes tan sabias
Que, á pesar de tantos siglos,
Aún perduran y se acatan,
La que guarda entre sus muros
Tradiciones venerandas,
La que de reyes es cuna
Y de varones de fama,
La de los dulces racimos,
La de guindas renombradas,
La de riquísimos vinos,
Que dan alegría al alma.
Tiene la vieja ciudad,
Además de las citadas,
Otra joya inestimable,
Escondida en la maraña

De negrillos y de chopos,
Y de álamos y de acacias.
Una antiquísima ermita,
Que pobre y humilde se alza
Tan cerca del manso Duero,
Que el murmullo de sus aguas
Confundido desde lejos,
Con el son de las campanas,
A semeja misteriosa,
Sentidísima plegaria,
Que, del río y de la ermita,
Hasta el cielo se levanta.
La imagen de un Santo Cristo
Allí tiene su morada
Y así, la ermita del Cristo
Los toresanos la llaman.
Que la imagen es modesta
Y sin gran arte trazada,
Mejor, porque así no hay duda,
Que al Cristo de las Batallas
La devoción con que rezan
Y la fé con que le aclaman
Sus hijos los toresanos,
Es tan sincera y cristiana
Que no va mezclada en ella
Ninguna idea bastarda.
Bien una fé tan sincera
Merece imagen tan santa,
Porque hace muchos milagros
Y alivia muchas desgracias.
Así, de exvotos, de ofrendas
Y de cuadros que relatan
Los milagros que prodiga
Por toda aquella comarca,
Están llenos sus altares

Y sus paredes cuajadas.
En tiempos en que la fé
No era, cual hoy, cosa rara,
La imagen del Santo Cristo,
A guisa de enseña Santa,
En las guerras con los moros,
Fué á los combates llevada.
¡Cuántas veces en la lucha
Hizo inclinar la balanza,
Dando gloriosa victoria
A la hueste toresana!
No habrá mejor capitán
Que el Cristo de las Batallas.
Cercano está, de la ermita,
Un puente, con su bardada,
Y, frente á puente y ermita,
Descuella orgulloso alcázar,
Cual de Toro centinela,
Que por sus cerros avanza,
De la vega escudriñando
La extensísima explanada,
Y, del puente receloso
Lo vigila y amenaza.
Cuántos hechos ignorados
Sus callados muros guardan.
¡Oh! Si expresarse pudieran,
Si sus paredes hablaran,
Cuántas curiosas historias,
Cuántas gloriosas hazañas,
Cuánto episodio sangriento,
Contarían sus murallas.
Allí fué Don Juan el Tuerto,
Deforme de cuerpo y alma,
Atraído con engaños,
Siendo, en pérfida celada,

Por el Rey Alfonso Onceno
Ajusticiado con saña.
Allí Don Pedro el Cruel
Ejerció fiera venganza
Y le maldijo su madre,
Que de sangre salpicada,
Y á mares por él vertida
Sacó teñida la falda.
Y cuantas otras leyendas,
Ya perdidas ó ignoradas.
Abajo la ermita humilde,
Arriba el altivo alcázar,
Los dos, por distinto modo,
Son de Toro salvaguardia,
Con las armas de la fé
Y la fuerza de las armas.
Allá de mil cuatrocientos
Setenta y seis, comenzaba
A correr el mes de Marzo,
Y en una amplísima sala
Del histórico castillo,
Conversación animada
Sostienen dos caballeros,
Cuyo porte y arrogancia
Señales son manifiestas
De alto linaje y prosapia.
Uno el Príncipe Don Juan,
Otro el Conde de Marialva.
Lleva el príncipe en el pecho
Riquísimo escudo de armas,
Y en él, las de Portugal
Con hilo de oro bordadas,
Y de heredero del trono
La divisa se destaca.
Sentado el príncipe está

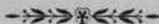
Asomado á una ventana,
Por la cual, mirando al Duero,
Toda su vega se abarca.
Habla Don Juan exaltado
Y le escucha el de Marialva,
Que de Toro era el alcaide,
Y con voz entrecortada,
En la cual ira y tristeza
Claramente se delatan,
Mirando del ancho río
Las tubias rojizas aguas
Dice así: vedlas, parecen
Teñidas, ensangrentadas
Con la sangre portuguesa
Derramada en la batalla.
Bien te cobraste Castilla,
Bien has tomado venganza
Con la batalla de Toro,
De otra sangrienta jornada;
De aquella de Aljúbarrota,
Para las tuyos infausta.
Aún parece que estoy viendo,
De esa corriente en las aguas,
Cadáveres de mis gentes,
Que mutilados arrastra,
Como fúnebres correos
De noticias desgraciadas,
Para anunciar á Zamora
La derrota de mis armas.
Quien sabe si alguno de ellos
Será, por nuestra desgracia,
El Rey Alfonso mi padre,
Ahogado en las turbias aguas.
Aún contemplo ante mis ojos
Al fiero Pedro de Vaca

Que, cual tigre acometiendo,
La real enseña arrebató
A nuestro Duarte de Almeida,
Que la sujeta con rabia,
Perdido un brazo, con otro,
Y este también, con tal ansia
Entre sus dientes la aprieta
Que solo arrancando el alma
Pudo al héroe arrancarse
Aquella enseña sagrada.
Aún resuena en mis oídos
Y en el cerebro me estalla
Aquel ¡Santiago y San Lázaro!
Grito de guerra que lanzan
Al atacar á mis gentes
Las falanges castellanas,
Cuyo bélico rugido
Al infinito agigantan,
De los barrancos del Duero,
Las colosales gargantas.
Y así ¡Santiago y San Lázaro!
El eco en los aires clama,
A las gentes de Castilla
Dando fuerzas sobrehumanas,
Para embestir á las mías
Y acuchillarlas con saña.
Calmaos señor, le dijo
A Don Juan el de Marialva,
Y de un próximo desquite
No abandoneis la esperanza,
Pues que una máxima dice:
Hoy por tí, por mí mañana.
En esto, pasos cercanos
Sonaron en la antesala,
Y alzando un paje el tapiz

De la puerta de la estancia
Dijo al príncipe: Señor,
Ha detenido la guardia
A un soldado de á caballo,
Del castillo en la explanada,
Pues dice que para vos
Trae asuntos de importancia,
Y para entrar hasta aquí
Vuestro permiso demanda.
Que pase dijo Don Juan.
De espuelas y de pisadas
Oyóse á poco el rumor,
Y á la puerta de la sala,
Entre príncipe y soldado
Este diálogo se entabla:
¿Que quieres?—Dar un mensaje.
¿Y que mensaje?—Esta carta.
¿De quien es?—De vuestro padre.
¿Pero vive?—Vivo estaba
Al dármele hace cuatro horas.
¡Oh gracias, Dios mío, gracias!
¡Se ha salvado!
¿Y donde se halla?
En Castronuño, señor,
Y allí la respuesta aguarda.
Está bien, venga ese pliego
Y espera en esa antesala.
Leyó el príncipe el mensaje,
Y, con la faz demudada,
Pretendiendo en vano dar
A su voz mesura y calma,
Señalando al pliego abierto,
Dijo al Conde estas palabras:
Aquí mi padre me cuenta
Los hechos de la batalla

Y la terrible derrota
Sufrida por nuestras armas.
Y al conde, entregando el pliego,
Mandó leerlo en voz alta.
Y el pliego decía así:
«De ayer á hoy cuanta mudanza,
Todo, todo se ha perdido
Con la funesta batalla.
Combatieron nuestros bravos
Con indómita pujanza,
Pero en vano tanto esfuerzo,
Pues en trágica avalancha,
Acosados por do quiera
Por las falanges contrarias,
Fué terrible la derrota
Y horrorosa la matanza.
Gracias que llegó la noche,
Y con ella una borrasca,
Que, á no ser por una y otra,
Ninguno con vida escapa.
Perdimos ocho estandartes,
Equipajes, vituallas,
Y, de apresados y muertos
En el campo de batalla,
De unos dos mil, por lo menos,
Nuestra pérdida no baja.
Es preciso reponerse
De la derrota pasada,
Reclutando nuevas fuerzas,
Y á este fin, y sin tardanza,
Salid para Portugal
Y llevad á Doña Juana.
Que siga en esa Ciudad
Nuestro conde de Marialva,
Y responda su cabeza

De Toro y de su comarca.»
Dobló el conde el regio pliego,
La lectura terminada,
Y al soldado á su presencia
Mandó Don Juan que pasara.
Vete en seguida, le dijo,
De Castronuño al alcázar,
Y al Rey mi padre le dices
Que lo que ordena en su carta,
Hoy mismo será cumplido
O, lo más tarde, mañana.



IV

La causa de Portugal
Está casi feneciendo,
Y su rey Alfonso Quinto,
Ya derrotado su ejército
De la batalla de Toro
En el combate sangriento,
Perdió toda su arrogancia
Y receloso y maltrecho,
Con Isabel y Fernando
Concertar quiere un arreglo,
Renunciando Doña Juana
Sus quiméricos derechos
Si le dan Toro y Zamora,
Y, á más, Galicia y dinero.
Rechazando como ofensa,
Más que oferta, lo propuesto,
Sin querer ya tratar más,
Ardió la guerra de nuevo,
Porque se halla todavía
Bajo del yugo extranjero
La noble Ciudad de Toro,
Que es joya de mucho precio.
Mientras Toro no se rinda,
Nada se ha hecho con lo hecho.
Por eso sitian sus muros
Y la estrechan con su cerco,

Con grandes grupos de gentes,
Los fuertes destacamentos
De Pedrosa y San Román,
De Villalar y Alaejos.
Campo son de escaramuzas
Y de parciales encuentros,
Que se libran á menudo
Entre los bandos opuestos,
Los llanos de Valdefinjas,
Peleagonzalo y los pueblos,
Extendidos allí cerca
Por las orillas del Duero.
Oscurísima es la noche,
De las más crudas de invierno,
Y sopla un aire tan frío
Que penetra hasta los huesos.
En las tropas sitiadoras
Hay extraño movimiento.
Diez soldados, escogidos
Entre los más desenvueltos,
Guiados por un pastor,
Suben de Toro los cerros.
Nadie más que ellos conoce
De su viaje el secreto,
Pues golpe que no se avisa
No es tan fácil repelerlo.
Subiendo van, casi á tientas,
Por extraviados senderos
Y á despeñarse cien veces
Han estado muy expuestos.
Más, de llegar á la cima,
Han conseguido el intento,
Y arrojando las escalas
A un cercano parapeto
En que no hay ni un centinela

Y del todo está desierto,
Por creerla bien guardado
Con lo abrupto del terreno,
Se lanzaron al asalto
Y, hallando todo el silencio,
Volvieron pasos atrás,
Regresando al campamento.
Llegó el que hacía de jefe
A una tienda, en cuyo centro
Se vé un hombre entrado en años
De noble y marcial aspecto.
Extraños son, en verdad,
Su moviliario y arreos,
Pues vese, en confusa mezcla
Amontonado y revuelto,
Una mitra junto á un casco,
Un pectoral sobre un peto,
Y un báculo y una espada,
Junto á una cota de acero.
Mas cesará la extrañeza
Cuando sepamos que el dueño
Es el noble toresano,
Es el Obispo y guerrero,
Don Alonso de Fonseca.
Con él está discutiendo,
Frente al Obispo sentado,
Nuestro Fonseca, Don Pedro,
Que tiene con Don Alonso
Muy cercano parentesco.
Pidió permiso el llegado
Para pasar, y al tenerlo,
Así dijo, descubriéndose
Y en faz del mayor respeto.
Señor, todo conseguido
Y cumplido lo dispuesto.

Como el pastor indicó,
Por los barrancos del puerto
De la Magdalena, entrar
Se puede y tomar el pueblo.
Está bien, dijo el obispo,
Marcha con tus compañeros
Y espera cerca mi aviso,
Que, sin duda, será presto.
Levantóse Don Alonso,
Imitándole Don Pedro,
Y así aquél le dijo á éste:
Pues conocéis el terreno,
Que ya sé que muchas veces,
Por no sé que devaneos,
Habeis entrado de noche
En Toro por esos cerros,
Excoged seiscientos hombres,
Los más valientes y expertos,
Y venid aquí en seguida,
Porque quiero, al frente de ellos,
Marchar á romper el yugo
En que gime nuestro pueblo;
Y, ó triunfarán los Fonseca,
O morirán en su empeño.
Cumplióse la orden al punto,
Con precisión y en silencio,
Con tal valor y pericia
Que, á pesar del contratiempo
De extraviarse alguna vez
Por los altos vericuetos,
Tuvo un éxito feliz
De la sorpresa el intento.
De tal modo resultando,
Por los designios del cielo,
Y de la historia de Toro

Para glorioso recuerdo,
Que, si un toresano fué
El jefe en aquel suceso,
Un toresano, un Fonseca
Fué en el asalto el primero.
Del Conde de Benavente
Y Duque de Alba, los tercios,
Que en la pasada batalla
Cual leones combatieron,
Apostados de antemano
En lugares estratégicos,
Abiertas ya las entradas,
Penetraron en el pueblo
Como avalancha terrible
Como huracán violento.
La guarnición portuguesa,
Al despertar de su sueño,
Como de una pesadilla
Despierta febril enfermo,
Con bravura defendióse,
Mas fué vano su denuedo;
Que, unidos á los de fuera
Los toresanos de dentro,
Pelearon con tal saña,
Con tan patriótico empeño,
Lo mismo ricos que pobres,
Y hasta mujeres y clero,
Que, á no ser por el castillo
Y por ser sus muros recios,
No queda ni un portugués,
Siquiera para un remedio.
Logrado ya con fortuna
De la sorpresa el intento,
Marchó anheloso Fonseca
Al dulce amoroso cebo

De la casa de su Elvira,
Más que de prisa, corriendo.
Entró en ella, más al punto
El corazón le dió un vuelco,
Al ver á todos allí
De negro luto cubiertos;
Los criados, Doña Laura,
Y hasta su amigo Don Diego.
Lleno de agudos temores
Y tristes presentimientos,
Al ver que falta su amada,
¿Y Elvira? gimió Don Pedro.
Disimulando Mansilla,
Cual si no viera su anhelo,
Así contestó á Fonseca
Con triste y sentido acento:
Sabeis ya que convencido
Con vergüenza de mi yerro
Unido estoy á la causa
De Isabel hace algún tiempo
Y que esta noche ayudé
De la sorpresa el empeño.
Sabiedo Antona García
Que era yo ya de los vuestros,
Participóme sus planes
De dar entrada en el pueblo
A las tropas castellanas
Del cercano campamento.
Su esposo Juan de Monroy
Estaba también de acuerdo
Y otros bravos toresanos.
Mostréles yo mi deseo
De ayudarles en la empresa,
Pero un traidor ó indiscreto
A Marialva y sus secuaces

Delató nuestro proyecto.
Pañón, Antona, Monroy,
Botinete y otros, fueron
Apresados en seguida,
Librándome yo de serlo
Pues, sin duda, el delator
Supo á medias el secreto.
Por su patria y por su reina
En vil garrote murieron,
Después de mil vejaciones
Y de horribles sufrimientos.
El triste fin de los suyos
Causó á Elvira tanto duelo,
Que subió á los pocos días
De tan trágico suceso,
Con sus heróicos padres
A reunirse en el cielo.
El mar de un amargo llanto
Rompió el dique al oír esto,
Y ahogado por los sollozos,
Fonseca diera en el suelo
Si en sus brazos en seguida
No le sostiene Don Diego,
Que sacándole de allí,
Tras inútiles consuelos,
Le condujo hasta el palacio
De su tan próximo deudo,
El Obispo Don Alonso,
Donde está su alojamiento.
Y en tanto, suena el combate
Del alcázar á lo lejos,
Al que la reina Isabel
Estrecha con rudo asedio.
La heróica toresana
Doña María Sarmiento,

Con indómito valor
Rechaza el ataque regio.
Y si al fin capituló,
Resistióse tanto tiempo
Que, aunque sobró la bravura,
Se agotaron los pertrechos.
Mereciendo así las dos,
Por tan heroico esfuerzo,
Ser toresana, Isabel,
María, regir un reino.



V

Es una hermosa mañana
De un día de primavera.
La fértil vega de Toro
Luce sus galas más bellas,
De frutales, que floridos,
La vista y el alma alegran.
Va robándoles aromas
La brisa errante y ligera,
Anticipando perfumes
De guindas y de cerezas.
Confúndese con la brisa
El zumbar de las abejas
Que, con ella compitiendo
En dulcísima faena,
En los árboles frutales
Van libando las esencias
De las mieles perfumadas
De sus rústicas colmenas.
Del, Duero el líquido espejo,
Los rayos del sol refleja,
Con ellos en luz bañando
Ciudad, cerros y praderas,
Y pintando en cada gota,
Los matices de una perla.
Allá, en la ermita del Cristo,
El lejano rumor suena

De repique de campanas,
Cuyas metálicas lenguas,
Llaman á misa á los fieles
Y que ya es hora recuerdan.
Pero, por más que repican,
En vano en tocar se esfuerzan,
Pues nadie acude á su aviso,
Ni es extraño que así sea,
Que, en mañana tan alegre,
Dios, de seguro, dispensa
Que, más que rezar, agrade
El pasear por la vega.
Por eso, sin duda alguna,
Está la ermita desierta.
Solamente en la penumbra
En un rincón de la iglesia,
Ante la imagen del Cristo,
Postrado de hinojos reza,
Un piadoso caballero.
Es Don Pedro de Fonseca.
Está en su pálida faz
Retratada honda tristeza,
Y así, en súplica anhelante,
Al Cristo bendito ruega:
Señor ilumíname,
Sino quieres que enloquezca,
Y del confuso misterio
Disípanse las tinieblas.
¿Cómo pude al mismo tiempo,
Mientras duró la pelea
De la batalla de Toro,
Estar y no estar en ella?
Una fantástica luz
Brilló de pronto en la iglesia
Y sus fúlgidos destellos

Deslumbraron á Fonseca.
Se oyó una voz sobrehumana,
Que en los ámbitos resuena
Suave, dulce y armoniosa,
Cual una célica orquesta,
Y el Cristo de las batallas
Contestó de esta manera:
«Por los celestes designios
Patrono soy de tu tierra;
En trance apurado y triste
Me imploraste con fé ciega.
Yo tu oración acogí
Y evitando tu vergüenza
De faltar á la batalla
En tu puesto asistí á ella.
Monté tu mismo caballo
Tomé tu figura y prendas,
Haciendo creer así
Propias tuyas mis proezas,
A la vez favoreciendo
A la causa, justa y buena,
De Isabel y de Fernando,
Con mi onipotente fuerza,
Porque además de ser justa,
La divina providencia,
En la batalla de Toro,
Venciendo Isabel en ella,
El prólogo preparó
De la grandiosa epopeya
Cuyo epílogo será,
Tras de batallas cruentas,
En los muros de Granada,
Do, en su Torre de la Vela
Ante la cruz caerá
La media-luna agarena.

Y España surgiendo así,
Bajo la cruz ya completa,
Mi lábaro extenderá
Por las ignotas américas.»
Cayó de bruces Don Pedro
Al oír la voz excelsa,
Y aún sus ecos resonando
En las bóvedas desiertas,
Atónito y aturdido
Salió de la ermita á tientas.
Y pensando en el milagro,
Y lleno de fé sincera,
Sus amantes ilusiones
Con Doña Elvira ya muertas.
A la imagen prometió
Consagrar vida y hacienda
A la causa de Isabel.
Y cumpliendo su promesa,
Algunos años después,
Al asaltar una almena,
Y de la hueste de Toro
Combatiendo á la cabeza,
En el cerco de Granada,
Por la cruz y por su reina,
Con heróico valor,
Murió Pedro de Fonseca.



Querido Sr. D. D. de
Nueva Mexico 1843
agosto 1843 en Valle
del Placer de San
don un tercer piso
ingratos

Atte
Fernando Alcega